

CRISTINA CABONI

El
lenguaje
de las
abejas

Traducción:

ISABEL GONZÁLEZ-GALLARZA



MAEVA

*Una abeja se posa
en un capullo de rosa:
la chupa y se va...
la felicidad, a fin de cuentas,
es bien poca cosa.*
Trilussa

Este libro es para mi marido, Roberto,
y mi hijo, Davide.
Porque tienen un corazón bueno.
Y saben ver la belleza de las abejas.

*Abejitas de oro
buscaban la miel
¿Dónde estará
la miel?
Está en la flor azul,
Isabel.
En la flor
del romero aquel.*

Federico García Lorca

PRÓLOGO

Denso en salobridad, preñado de humedad y de recuerdos, el viento marino sube desde la escollera. Margherita Senes abre los ojos y contempla el azul brillante del cielo.

Está cansada.

Desde hace unos meses, se le para la respiración con frecuencia, igual que los latidos de su corazón.

—Ya casi estamos —murmura, con la vista fija en el horizonte. Y después sonríe.

Su falda resbala ligera sobre el escalón y se sienta despacio. Es blanca, porque a las abejas les gustan los colores del día y del sol. Su mano, en tiempos fuerte y decidida, aferra un sombrero de paja con velo. Hace años que ya no se lo pone, aunque lo lleva siempre consigo.

Sus abejas son mansas, y ella trabaja con paciencia y ternura, limitándose a recoger lo que la colmena no consume. Las abejas lo saben, por eso han llegado a un acuerdo. Ese trato que hicieron se pierde en el tiempo, ella era apenas una niña.

La nueva guardiana.

El tenue zumbido la envuelve y la relaja. Es como una melodía que a ratos se hace más intensa. De vez en cuando el agua del manantial se une a ese sonido, contándole historias de tiempos lejanos.

Se pone de pie.

Ahora su respiración es más regular, también el corazón le parece más ligero.

—Vamos —susurra. Vuelve junto al hoyo que protege a las abejas de la violencia del mistral. Las observa un instante, absorta en el vuelo de las obreras que vuelven al nido cargadas de polen. Sonríe, y su mirada se desliza hacia el fondo del bosque.

Allí está, alcanza a verlo aunque esté lejos. Un olivo milenario, forjado por soles cegadores y noches de esplendorosa luna. Un viejo rey, rodeado por su corte de esmeralda y musgo, con las raíces hundidas en el agua más pura. Sus ramas poderosas parecen acariciar el cielo. Alarga la mano como para rozarlas.

Es solo un instante. Enseguida se vuelve hacia el sendero. Se siente alegre mientras lo recorre.

—La bajada siempre es más fácil —dice bajito.

Solo le queda una última cosa que hacer. Ahora está preparada, ahora puede hacerlo porque lo siente en su corazón. Ahora tiene que hacerlo. Para que quede memoria de ella y de las demás.

Ese pensamiento la acompaña durante todo el camino a casa, y también después, mientras escribe una carta, la cierra y la deja en la mesa, sobre el mantel de encaje. Junto al sobre de papel hay un plato de porcelana, contiene un panal nacarado que expande a su alrededor el aroma de la cera nueva y la miel de primavera.

1.

Miel de romero (Rosmarinus officinalis)

Fina, aromática y delicada, es la miel del despertar y la claridad. Propicia el cambio. Recuerda al perfume de las flores azules de las que nace. Casi blanca, su cristalización es cremosa.

Era el amanecer, su momento preferido. Por los colores, el silencio y el aroma. Y por la promesa inherente a ese nuevo día que apenas comenzaba.

Y amaneceres Angelica Senes había visto muchos. Idénticos todos, pero muy distintos a la vez. Los españoles, por ejemplo, incendiaban el cielo límpido y sabían a lágrimas, pero también a libertad y a infinito. Los nórdicos, en cambio, eran opalescentes y gélidos, racionales y eficientes. Más al sur, en Grecia, la aurora se presentaba de improviso, centelleante como un castillo de fuegos artificiales.

Y el amanecer de sus recuerdos. Estaba hecho de cristal fino, y en ese azul sin límites se podía ver reflejada la propia alma.

Bajó de la autocaravana con paso ligero, en los ojos tenía el poso de una noche sin descanso y, entre las manos, una pequeña palanca de metal. Se adaptaba perfectamente a la palma de su mano, de la que conocía cada curva. Era lisa y fina en el extremo, pero tan sólida que podía levantar un panal lleno de miel. Era también la prolongación de su brazo.

En los momentos en que se sentía más propensa a la melancolía, a Angelica le gustaba pensar que ese objeto tan particular la identificaba. Lo había construido para ella Miguel López, el artífice de la explotación apícola española en la que había

vivido sus primeros años lejos de casa, en una finca donde se cultivaba el romero de hojas plateadas, el cielo era azul, y las colinas, de tierra roja. En aquellos tiempos, a Angelica no le gustaba mucho hablar, una cualidad que el anciano apicultor había apreciado. Por esa razón empezó a llevársela consigo cuando visitaba los colmenares, o cuando partía a pie en busca de nuevos emplazamientos.

Miguel se dio cuenta enseguida de que hablaba el lenguaje de las abejas. Algo muy poco frecuente. En toda su vida jamás había visto a nadie como Angelica Senes. Esa muchacha tenía algo especial. Algo arcaico.

La había observado a escondidas y había descubierto que no solo sabía hablar con las abejas, sino que *cantaba*. Cantaba para ellas. Mientras la voz clara de la muchacha se elevaba sobre el campo de flores azules, Miguel sintió que su viejo corazón se aceleraba. Una emoción profunda le devolvió a la memoria cosas adormecidas por el tiempo y los años transcurridos. Y, como no podía donarle su saber, pues en materia de abejas Angelica sabía más que nadie, decidió fabricarle algo especial, algo que no poseía: una palanca.

Su fuerza.

La construyó aprovechando una herradura a la que dio forma con paciencia, golpe a golpe. De apariencia delicada, era ligera, forjada a medida para una mano pequeña. Una mano de mujer.

Desde ese día, Angelica nunca se había separado de ella. También entonces la llevaba consigo, ahora que llegaba a otro campo de romero. No necesitaba nada más para manejar una colmena.

La finca se extendía hasta donde alcanzaba la vista, rodeada por un mar verde y azul. Las finas hojas de las plantas, incrustadas de rocío, reflejaban la luz aún incierta de la mañana, mientras la brisa ligera se llevaba su intenso aroma.

Romero: del néctar de sus flores se obtenía una miel clara, casi blanca, que cristalizaba deprisa y con delicadeza. Aromática, dulce y cremosa. Su preferida.

La humedad se elevaba del campo, una nube opalescente que apenas empezaba a deshilacharse. Un gran mastín color chocolate se había quedado esperándola en la vieja autocaravana, que era su casa desde hacía años. Sus ojos, alerta y oscuros, seguían los movimientos de su dueña. Cuando ella le hizo un gesto con la mano, el enorme animal corrió a su encuentro.

—Ven, *Lorenzo*, es hora de irnos —le dijo, acariciándole la cabeza.

Empezaría por ahí, decidió mientras bajaba el sendero. De vez en cuando miraba a su alrededor, reparando en cada detalle y sobre todo olisqueando, pues las peores trampas se ocultaban en el aire. Hasta que no viera las colmenas con sus propios ojos, no sabría decir qué les pasaba a las abejas de François Dupont, el hombre que la había contratado hacía una semana.

Ese era su oficio: apicultora itinerante.

Conocía bien a las abejas, su zumbido era su melodía favorita, un lenguaje que comprendía íntimamente, hecho de perfumes, de sonidos y de sabiduría. Resolvía los problemas que aquejaban a las colmenas, y después se marchaba.

Era una guardiana. La última guardiana de las abejas, depositaria de un arte antiguo que se transmitía solo de mujer a mujer.

De repente se encontró delante del corredor de vuelo. Sus pensamientos se disolvieron, como cada vez que entraba en ese mundo, *su* mundo. Todo lo demás sencillamente se desvaneció. Las abejas volaban como flechas y desaparecían a toda velocidad, acompañadas del zumbido de la cosecha. Las siguió con la mirada y vio las colmenas. Se disponían a lo largo de los límites del campo, al abrigo de los vientos. ¡Bien, por fin una decisión que aprobaba! Nada podía dañar tanto una colmena como el ímpetu del viento. Y allí, en esa parte de Francia, el mistral podía llegar a arrancar un árbol de cuajo.

Se acercó, examinando cada detalle. Cuando su mirada se posó sobre las cajas azules, alineadas y perfectamente idénticas, frunció el ceño.

—Ni una sola señal, ni tan siquiera un pequeño dibujo en toda la colmena. La deriva debe de ser tremenda —refunfuñó. Tomó nota de todo con meticulosidad y sacudió la cabeza en un gesto de desaprobación—. ¿Cómo cree Dupont que deberían orientarse estas pobres abejas? ¿Con la referencia catastral de las colmenas? —le preguntó a *Lorenzo*, que trotaba detrás de ella—. ¡Basta una pequeña señal, tampoco es que tenga que pintar encima la capilla Sixtina! —protestó, volviendo a sacudir la cabeza.

Se había abierto camino entre las ramas y había llegado a la parte posterior de las colmenas. Vio de reojo que su perro se había tumbado debajo de un arbusto y sonrió. Siempre hacía lo mismo, estaba a su lado hasta que se disponía a abrir las colmenas, y entonces corría a refugiarse.

—Vaya un perro apicultor estás hecho, debería darte vergüenza —le reprochó con una sonrisa.

Tras levantar la colmena, metió la palanca entre la caja de madera y la entretapa. Con un gesto ágil de la muñeca levantó la tapa y esperó a que salieran las abejas. Se pasearon entre sus dedos, y ella las observó con atención. Eran brillantes y rollizas. Eran bellísimas, con sus colores amarillo oro y ocre. Con las dos manos y sin dejar de sujetar con firmeza la palanca, destapó la caja por completo.

Entonces empezó a cantar. Sobre el campo se elevaron las palabras moduladas y límpidas de ese antiguo canto melancólico. Cerró los ojos, mientras las notas fluían en su interior antes de salir por sus labios. Sentía en la lengua su ritmo y su dulzura. Notaba cómo se propagaba su poder desde su corazón hasta la punta protegida de sus dedos y más allá. Siguió cantando y, cuando en respuesta llegó hasta ella el zumbido alegre de las abejas, le pareció volar con ellas.

Lo primero que sintió, mientras el corazón le latía con fuerza, fue el calor. Provenía del interior de la colmena, como una corriente de aire sobre la piel, agradable y reconfortante. Con sumo cuidado, apoyó la tapa de lado, mordiéndose el labio

inferior, concentrada y silenciosa. Un segundo después, exhaló y reanudó su canto.

El nido parecía en orden, intensamente poblado de abejas que, confusas, yacían en masa en la primera colmena de la fila a causa de la deriva y se amontonaban unas sobre otras, intrigadas por la intrusión. Los puentes creados por los cuadros estaban exuberantes. El aroma de la cera nacarada, henchida de miel, se propagaba por el aire junto al del humo utilizado por un visitante anterior, disuelto ya en la madera.

Levantó los primeros cuadros con cuidado, calibrando las reservas de las que disponían, hasta llegar al nido. El cuadro que había elegido pesaba, las abejas nodrizas se paseaban por las exuvias operculadas –las celdillas que componían el panal– para recibir a las larvas. Las abejas jóvenes, después de abrir la fina capa de cera que sellaba las celdas, semejantes a cunas, salían despacio, cubiertas por una delicada pelusilla. Las nodrizas las acogían enseguida, acariciándolas con las antenas y las patas, mientras sus alas se desplegaban por primera vez.

Ese instante tenía algo mágico. El nacimiento de una criatura era siempre un acontecimiento especial. Angelica las miró, fascinada, y le pareció ver lo que ellas veían, oír lo que oían ellas.

Seguía con los ojos los movimientos circulares de las obreras que, de regreso en la colmena, señalaban con su danza la posición de las flores a sus compañeras, mientras otras recogían las semillas de polen caídas o chupaban las gotas de néctar y las transferían a las celdillas.

Eran organizadas, perfectas, y todas tenían una tarea preestablecida. Cada una sabía perfectamente cuál era su lugar en el mundo.

Entonces le vino a la mente una idea y sintió un nudo en la garganta. Entornó los párpados e inspiró hondo, ahuyentándola. Se concentró en la colmena y levantó el panal siguiente y el otro, hasta llegar al último. Trabajaba con cuidado, rodeada por el zumbido intenso de las abejas, a la sombra de grandes matorrales de jara que delimitaban el campo de romero. A su alrededor el

mundo ya había despertado. A las abejas obreras se unieron los jilgueros con sus trinos agudos, las mariposas blancas... ¿Cómo se llamaban? Blanquitas de la col, pensó mientras seguía su vuelo con la mirada. Y ahí venían otras, persiguiéndose hacia las flores.

Cuanto más miraba, más veía. Era como si al observar ese universo hecho de sonidos, de insectos variopintos y de tiempo robado, se entrase en una dimensión paralela. Allí podías perderte en la contemplación o simplemente detenerte bajo un rayo de sol por el mero placer de sentirlo en la piel. Así sin más, solo por gusto, sin ninguna razón que justificase tu gesto.

Para Angelica era un momento de libertad absoluta en el que podía ser ella misma. Un momento que la llenaba de alegría. Un instante suspendido en el tiempo, un instante perfecto.

Ese era el mundo de las abejas.

–Vuela, vuela, reina de las flores. Vuela, vuela, abeja de oro. Guardiana de la vida, guardiana del porvenir...

Una vez terminada la comprobación de la primera colmena se sintió bastante satisfecha, las condiciones le parecían óptimas. Las abejas estaban brillantes y volaban alegremente, cargadas de polen y de néctar. Las reservas eran abundantes, más que suficientes. No había visto nada que pudiera indicar una situación de sufrimiento o de orfandad, aparte de la deriva. La abeja reina era joven y había puesto los huevos de manera regular en los panales destinados a la cría. Un semicírculo de celdillas llenas de miel los delimitaba, separándolos de la madera del cuadro.

Abrió con atención todas las alzas una tras otra, repitiendo los mismos gestos, despacio, con los ojos alerta y una expresión intensa. No se detuvo hasta la hora del almuerzo, esperó a que las abejas que tenía encima se decidieran a marcharse y subió el sendero, seguida de *Lorenzo*. Paró cerca de un abrevadero para el ganado. El perro hundió el hocico dentro y se puso a beber. Angelica se refrescó a su vez. Mientras el agua le resbalaba por la piel, sus pensamientos revoloteaban de aquí para allá, como las abejas. El sol pegaba fuerte, pronto tendría que trabajar con sombrero.

Entonces una idea tomó forma en su cabeza: Margherita, su Jaja, la mujer que le había enseñado ese canto, nunca se separaba de su sombrero.

Se detuvo un instante, pensativa, con los ojos fijos en el horizonte, antes de reanudar la subida.

Tenía tiempo aún de visitar otro colmenar, pensó poco después, mientras observaba la zona. Más abajo, hacia el mar, había otro emplazamiento. Mejor sería empezar por ahí.

Una vez a bordo de la autocaravana, guardó el equipo y se sentó al volante. La vieja tartana carraspeó, Angelica entornó los párpados y musitó una oración. Volvió a girar la llave y lanzó una ojeada a *Pepita*, su gata atigrada, el nuevo miembro de esa extraña familia, que se había acurrucado sobre el salpicadero.

—Agárrate fuerte, bonita.

La gata se limitó a lanzarle una mirada indiferente, bostezó y cerró los ojos. Cuando el motor arrancó con una sacudida hacia delante, Angelica dejó escapar un suspiro de alivio.

2.

Miel de acacia (Robinia)

Huele a flores blancas, a vainilla y a hierba fresca.

Si cierras los ojos, te parece ver un prado florido. Es la miel de la sonrisa y da vitalidad. Su sabor es fino y delicado, y delgados sus cristales.

A la mañana siguiente, Angelica abandonó muy pronto la finca de *monsieur Dupont*. Le había dado indicaciones y consejos y ella había recibido la remuneración por su visita. Sobre todo le había instado a que pintara las colmenas con diferentes dibujos y de los colores que más gustaban a las abejas –amarillo, azul y verde–, alternándolos: siempre volvían a las colmenas, pero era determinante ayudarles a orientarse, especialmente en regiones ventosas como aquella. Después se había marchado, su labor había concluido. Sin embargo, no se sentía en absoluto satisfecha, no veía ningún motivo para estar alegre ni tampoco melancólica. Nada de nada.

Con expresión ausente, fijó la mirada en los vehículos que tenía delante.

La noche anterior había vuelto a tener ese sueño en el que Jaja, la mujer que la había criado como una madre, la llamaba; ella corría a su encuentro, pero nunca conseguía alcanzarla. Su Jaja tenía que decirle algo, se lo repetía una y otra vez. Pero ¿el qué?

Cerró los ojos un instante y después se concentró en la carretera. La sensación de frustración y dolor seguía siendo tan aguda que le hacía daño físicamente. ¡Era absurdo! Suspiró. Empezaba a estar verdaderamente harta.

–Ten cuidado con los sueños del alba –susurró, recordando una frase que solía repetir su madre. Y sus pensamientos volvieron a Jaja.

–*Las abejas son las guardianas de las flores, hija mía. Y son sabias. Lo saben todo de nosotros. Nos alimentan, nos sanan, nos dan su conocimiento. Basta saber escucharlas. No debes tenerles miedo.*

–Sí, Jaja.

–*Bien. Ahora puedes empezar a cantar. ¿Recuerdas las palabras? Angelica levanta la mirada y asiente. Claro que las recuerda. Las tiene grabadas en la mente. Sencillas, claras y límpidas.*

–Sí, sí. *Vuela, vuela, reina...*

Después se concentra en la colmena abierta delante de ella. Hay diez colmenas alineadas en el prado, junto al campo de asfódelos. Las flores ondean ligeras, mecidas por el viento, un manto blanco del que se eleva un aroma silvestre, intensamente vegetal. Angelica está fascinada con las colmenas, siente su calor y su olor, y escucha su rumor. Sabe que debe observar, esa es la primera regla que Jaja le ha enseñado. Y no tiene miedo. Pero el perfume del veneno aletea a su alrededor como una advertencia. Le gusta, es dulce, aunque le encoge la boca del estómago. En invierno ha visto el mar tempestuoso, las olas altas y oscuras, rugientes, surcadas de tirabuzones de blanca espuma. Magnífico y espantoso a la vez. Ahora, delante de la colmena, le parece sentir la misma emoción. Traga saliva, tiene la garganta seca y los labios agrietados, pero no quiere renunciar. Solo tiene que ser prudente y mostrar respeto. Se quita despacio el velo de la cabeza. Ya está, ya nada se interpone entre ella y las abejas. Las palabras de su canto se elevan de nuevo, hermosas y delicadas. A su voz de niña se une en un momento dado la voz profunda y melódica de la mujer inmóvil a su lado, que la exhorta a continuar.

Ella extiende la manita con gracia, exactamente como Jaja le ha enseñado.

–*Ahora puedes tocar el panal.*

Angelica abre mucho los ojos. Una gota de oro resbala por la cera blanca. Las abejas se afanan alrededor, pasan unos segundos, y la gota desaparece, chupada. Después se retiran, dejándole el espacio que necesita.

Despacio, la niña presiona la cera con la punta del dedo índice. Está blanda, caliente y perfumada. La miel la envuelve hasta cubrirle el dedo. Ella se lo lleva a la boca y la prueba. Dulce y aromática, se deshace en la lengua. Sonríe ensimismada y repite el gesto, después deja que la miel le llene la palma de la mano, como en una copa.

—¿Estás lista? Ahí vienen...

Ya están ahí. Una tras otra, con delicadeza, las abejas se posan en su mano. Es un instante de pura alegría. Sus patitas bailan sobre la piel delicada de Angelica, haciéndole cosquillas. El sonido de su risa se propaga a su alrededor, alegra la campiña y llega hasta el mar, que responde salpicando hacia lo alto su agua color esmeralda. Y las palabras fluyen en la mente de Angelica.

Vuela, vuela, abeja de oro.

Vuela, vuela, reina de los prados.

Guardiana de la vida, guardiana del porvenir.

Haces dulces las aguas, las palabras y el canto...

—¿Ves? Te han aceptado. Ahora tú también eres una guardiana, hija mía.

—¿Una guardiana?

—Sí. Ahora, Angelica Senes, eres una guardiana de las abejas.

—¿Como tú, Jaja?

Silencio, y después una leve risita, casi un suspiro del viento.

—Sí, como yo.

Mientras conducía, el campo se iba llenando de vida. A los coches que la adelantaban se unieron grandes tractores con ruedas enormes, carros y alguna carreta tirada por caballos o burros embridados de rojo. A ambos lados de la carretera, los árboles no habían tardado en dejar paso a distintas edificaciones: cabañas, granjas y alguna que otra casa solariega.

Le sonó el móvil, alargó la mano para activar el altavoz:

—¿Sí?

—Hola, soy yo.
Angelica no apartó los ojos de la carretera.
—Hola.
—¿Te pilló en mal momento?
Apretó los labios.
—¿Cómo estás, mamá?
Una pausa y, por fin, una risita.
—Evitar una pregunta con otra pregunta, eso te lo he enseñado yo, ¿recuerdas?
Angelica no contestó, pero una sonrisa floreció en sus labios.
—Sí, mamá.
—Bueno, ¿y ahora dónde estás? —La voz de Maria era aterciopelada y ligera.
—En Francia. ¿No te lo puse en el correo?
—No suelo ver mi correo electrónico, deberías saberlo. —Una pausa más, un largo silencio más—. ¿Tienes planes de volver a Italia? —le preguntó de repente, como si hubiera retenido esas palabras en la boca demasiado tiempo.
Angelica frunció el ceño.
—El mes que viene, como estaba previsto. ¿Por qué?
—Estaba pensando en hacer un viaje.
Qué extraño. Su madre odiaba la sola idea de subir a un tren. Y el avión le daba pánico.
—¿Adónde?
De nuevo un silencio, como si estuviese escogiendo las palabras.
—Aún no lo he decidido. Es solo que hace tanto tiempo desde que Gennaro... Demasiado. —Su voz se hizo añicos.
Habían pasado dos años desde la muerte de Gennaro Petri, su segundo marido, pero Maria Florinas seguía llorándolo con la misma desesperación del primer día. Esa confidencia sorprendió a Angelica. No era propio de su madre.
—Anda, mamá, dime qué te ocurre. ¿Tengo que preocuparme?
—No, qué va. Es que ha llegado un nuevo cura a la parroquia, don Pietro, y quiere organizar viajes. A conventos, iglesias...

—Hizo otra pausa—. Eso hasta tiene nombre, ¿te lo puedes creer? Turismo sacro. Y, nada, he decidido apuntarme. Te llamo para decírtelo...

Pensativa, Angelica sopesó esas palabras. Eso también se lo había enseñado su madre. A ir más allá, a rebuscar en el tono, en la cadencia, en lo que se decía y lo que se callaba. Con frecuencia era en el silencio donde se ocultaban la verdad y las intenciones de la gente. Lo sabía, lo sabía muy bien. Igual que sabía que su madre le estaba mintiendo. Por un instante tuvo la tentación de detener la autocaravana y acosarla a preguntas. Pero, tras aminorar la velocidad instintivamente, siguió su camino. Si Maria había tomado una decisión, no había nada que ella pudiera decir o hacer. Solo quedaba esperar.

—¿Estás segura?

—Sí, sí. Bueno, y tampoco es que me vaya a marchar ya mismo. Antes tengo que arreglar unas cuantas cosas.

—¿Qué cosas?

—Nada de lo que tengas que preocuparte, tonterías.

—En otras palabras, nada que me incumba...

—Tú estate tranquila, ya te llamaré yo, ¿de acuerdo? Tú no me lames.

Angelica frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué no?

Era típico de su madre imponer barreras en su relación. A estas alturas, Angelica ya debería estar acostumbrada. En el fondo, siempre había sido así. Su madre por un lado, estableciendo y decidiendo el cómo y el porqué. Y ella por otro, adaptándose a ello, o al menos intentándolo. Sin embargo, esa imposición formulada así, a quemarropa, le pareció extraña. Después de la primera reacción inmediata de malestar, se dio cuenta de que algo no iba bien.

—No quiero que te gastes el dinero inútilmente.

La respuesta, rápida y brusca, la tranquilizó. Eso sí era típico de su madre. Angelica sacudió la cabeza, y una sonrisita le suavizó el semblante. Poco se podía hacer, su madre era una

mujer llena de absurdas contradicciones que, vistas en su conjunto, se armonizaban como una de esas melodías extrañas creadas por tambores y violines. Ásperas, agudas y atormentadas a la vez.

—Vale, entonces espero tu llamada, ¿de acuerdo? —Estaba a punto de colgar cuando de pronto una frase tomó forma en su mente, y las palabras recorrieron ellas solas el camino hasta sus labios—: Te quiero.

El silencio entre ellas se transformó en una cuerda tensa; Angelica se arrepintió de sus palabras, dictadas por la emoción. No debería haberlas pronunciado. A su madre no le gustaban, le hacían sentirse incómoda. Estaba a punto de decirle que lo sentía, que se había dejado llevar, que desde hacía un tiempo se sentía extraña, que no dormía por las noches, cuando inesperadamente Maria ahogó un sollozo.

—¿Qué te pasa? —La voz se redujo a un susurro. Angelica apretó tan fuerte el móvil que los dedos se le pusieron blancos.

—Yo..., es tan difícil, tan difícil.

—¿El qué, mamá?

—¿Sabes? A veces me pregunto si he hecho mal las cosas contigo, si hubiera podido hacerlo mejor.

Siguió un largo silencio lleno de sombras y de rincones oscuros que Angelica se obligó a ignorar.

—No empieces otra vez, mamá. Basta. Me gusta mi vida.

—Sí..., pero ¿por qué has tenido que marcharte?

—¿Tenido? No empieces otra vez, por favor. —Se mostró más brusca de lo que pretendía, pero no estaba acostumbrada a ese tono lacrimoso. Su madre siempre se había mostrado firme y dura como una piedra.

—Yo también te quiero, hija mía. Recuerda siempre una cosa, Angelica —susurró Maria—. Las palabras llegan cuando pueden. Lo que de verdad importa son los hechos. No tardaré. Te llamo en cuanto vuelva a casa. Tú espera, todo irá bien, ya lo verás.

Angelica quiso decir algo, pero la comunicación se interrumpió. Miró el móvil y, tras aparcar en un área de servicio,

apagó el motor y marcó el número de su madre. Un tono, otro, los contó impaciente.

De repente, la pantalla se apagó. ¡Maldita sea! Intentó volver a encender el móvil, pero no había manera. Con un gesto seco lo puso a cargar. La llamaría más tarde, decidió. La llamaría precisamente porque le había dicho que no lo hiciera. La llamaría porque quería saber qué se ocultaba detrás de la última frase que le había dicho su madre. ¿Qué palabras? ¿A qué hechos se refería? ¿Adónde demonios se marchaba? Y, sobre todo, ¿qué era lo que iba a ir bien?

Se dio cuenta de lo fuera de lugar que estaban todos esos interrogantes. Su madre podía hacer lo que quisiera, como ella misma, por otro lado. Cada una vivía su propia vida de manera independiente.

Maria nunca había aceptado que ella viviera como una gitana. Nunca había entendido su inquietud. Gennaro, en cambio, su padre —o, mejor, su padrastro— sí la había comprendido y apoyado siempre.

«Si no ve mundo ahora que es joven...», decía, tratando de apaciguarlas a ambas.

Durante un tiempo, Angelica había intentado explicarle a su madre su necesidad de libertad, pero ella no la había entendido, al contrario, se había resentido profundamente. «Tienes todo cuanto alguien puede desear.» Y esas palabras ponían fin a cualquier discusión.

Pero eso no significaba que Angelica no hiciera exactamente lo que quería. Nuevos amaneceres, nuevos atardeceres, lugares siempre distintos. Le gustaba organizar viajes, meter su mundo en una mochila y marcharse. No necesitaba a nadie. Ya no.

Volvió a pensar en su madre, en lo que le había dicho. ¿Qué tenía en mente esta vez? Esa mujer era realmente difícil de entender. Respiró hondo hasta que sintió que se aligeraba el peso que sentía en el pecho. También era típico de su madre excluirla de sus decisiones.

Sonrió con amargura. En el fondo era un milagro que la hubiera informado de ese viaje.

Bueno, que hiciese lo que le diera la gana. En lo que a ella respectaba, seguiría como siempre.

Tenía a las abejas, tenía a *Pepita* y a *Lorenzo*. Y nuevos amances por conocer.

Se acarició el cabello. Su rostro recuperó una expresión de determinación.

Se reincorporó a la carretera, dejando tras de sí una nube de polvo. En su mente se agitaba un remolino de pensamientos. Eran frenéticos, espantosos. Trató de ordenarlos, pero eran puro caos, miedo y sufrimiento. Eran la oscuridad de una noche sin luna, mientras el viento golpeaba contra los postigos y ella temblaba.